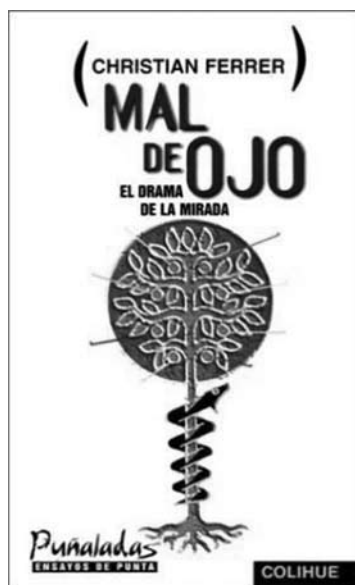


Christian Ferrer.
*Mal de ojo. El drama
de la mirada*

Colihue, Buenos Aires, 2005

Por Mariana Fernández



“[...] Así como en otras épocas el alma, o el corazón, o la mente se transformaron en metáforas y sedes corporales de una relación entre cuerpo, logos y cosmos, hoy nuestro cuerpo reconstituye parte de su autoimagen y funcionalidad orgánica entorno de esa membrana cuadrada” (p. 98). En *Mal de ojo*, Christian Ferrer analiza la formación de cierta destreza subjetiva que, en tiempos signados por la hegemonía de la televisión y la informática, torna el *derecho de ver* en necesidad obligada.

Relato de nuestros días, el breve y exquisito ensayo sobre la violencia de la mirada comienza expresando su objetivo: “Tratar de comprender que el proceso técnico es un movimiento emocional que adviene más allá del rechazo indignado o la aceptación excitada, a menudo dobles uno de la otra” (p. 6). Idea sobre la cual Ferrer meditará a lo largo y ancho de su manifiesto, volcado particularmente hacia una época cuyo *modo de ser*

mana menos de las *tecnologías de la visión* que del imperativo de la visualidad.

Antes de que los artefactos tecnológicos se dispusieran a fijar y amplificar ciertas *formas en lo visible*, la *voluntad de ver* – dice el sociólogo- ya había hecho lo suyo. El entramado institucional y tecnológico que guía el sentido de la vista, velándole algunas cosas y/o estrechando ciertos trayectos, no coincide con los usos ni con los valores ideológicos de la visión sino con un conjunto de tácticas y estrategias cimentadas en una *guerra de luces* donde se construye la “[...] fuerza de succión y de conformación del sentido de la vista” (p. 29).

Según se describe en su libro, desde hace alrededor de doscientos años habitamos un régimen destinado a hacer creer la verdad procurada en los preceptos de visibilidad hegemónicos: “Hacer ver la verdad: es éste el objetivo de esa voluntad de poder” (p. 30). Un orden que algunos autores denominan “ocula-

centrista” y que se asienta en las costumbres visuales diarias que funden el lazo entre luces y modo de ver. Aquellos cuerpos que se dirigen hacia la luz experimentan emociones y encienden opiniones a través del ejercicio de una “violencia específica”, una diferencia entre el estímulo recibido y la representación figurada que tensa el continuum (y condición de existencia) del reconocimiento de lo ya visto. La disposición religiosa de la <<audiencia>> inclina a millones de almas humedecidas hacia el entretenimiento, en un tendido de deseos disciplinados que activa una “artesanía compleja” cuya subjetividad “se hace ojo, y ve” (p. 31).

Pues la televisión —expresa Ferrer— es un prototipo social de vigilancia que se añade a la efigie del panóptico, perfeccionando la parábola lumínica que sustenta el vínculo entre los campos y el saber. A medida que el control remoto prescribe el atisbo de la mirada, la percepción de lo ya conocido se traslada de un lado a otro a fin de que el espectador permanezca “[...] in-formado, estad-ístico, entre-tenido, con-centrado. Ese es el duelo donde se erigieron las ilusiones, instituciones y saberes del hombre contemporáneo” (p. 77). La *máquina visual* muestra un mundo mientras niega otros modos de imaginarlo, poniendo de manifiesto una verdad histórica en la que el consenso social sobre la metáfora de muerte significa la distensión del campo. Con todo, no alcanza a subyugar (pero tampoco a instituir) ciertas “claridades y tinieblas” capaces de arrastrar hacia la incomprensión de una mirada inerte: “Cada congregación o masonería segrega una ‘imagería’ cuyos efectos se esparcen por el espacio que cobija la relación de una tribu con la memoria, el misterio, la tradición y lo asombroso y al intento de comprender el sinsentido y el horror” (p. 102).

La dirección de la visión que contiene toda luz asoma desde una “óptica cegada” que en-

candila los sentidos, inhibiendo la percepción del foco de iluminación, de su “punto ciego” y de la fuente íntima de la contemplación. Construye una *visión sin mirada* apartando la vista del tacto de lo real “[...] a pesar de que el peso y la gravedad de las cosas son quizás mejor ponderadas cuando se las tiene en esa balanza en cuyo borde un delta tiritita o se repulga” (p. 121). Los rayos catódicos que irradia el televisor apuntan a excitar los sentidos del espectador intentando atraerle mediante retóricas narrativas que se inmiscuyen entre el arquetipo y el plano de la conciencia: “[...] constreñimiento del ritmo visual, del magma imaginal y del punto de vista por una matriz tecnológica que deja fuera de nuestra perspectiva visual un incierto rango de ‘invisibilidades’” (pp. 104-105).

Desde sus trincheras, los arquitectos de la realidad delimitan la escala moral y publicitan a sus fieles que en el lazo televisivo reside el pacto social. Su estrategia consiste en diseñar un plan disuasivo al interior de un campo “[...] cuya diferencia con otros campos es que a sus actuales internos no pocas veces se les mata de risa” (p. 77). El sujeto se emociona ante tales o cuales episodios de la programación televisiva en una suerte de giro que se sustrae al intelecto, y rememora espontáneamente momentos vividos *en* la experiencia. Añoranza que no evoca la presencia televisiva sino que aglutina a través de comedias noticiosas “*in situ*” o en diferido, voluntades que no rivalizan con el refinamiento ilustrado sino que autocelebran la paz comunitaria: “[...] la fiesta, la tragedia, el templo, el teatro, la sala de conciertos, pero también el espectáculo deportivo y la televisión son espacios ceremoniales como en Roma lo fue el circo y en la Edad Media el torneo” (p. 102).

Cuestión de consumo o consumación, el ojo adeuda un endeble idioma que no descubre fácilmente la chispa crispada en el estado de paz o guerra, entre utopías y tecnologías de

la visión que habitamos intermitentemente cuando encendemos la mirada: “El conocimiento de la luz depende de que cielos guíen la vista, del voltaje anímico que ilumine la visión, del ‘testimonio ocular’ del cual se nos ha hecho depositarios y con el cual se obsesiona la mirada, o bajo que tecnologías queda encomendado el destino de la subjetivación” (p. 34).

La verdad triunfante gobierna en el arte de controlar la percepción de muerte: “[...] la historia es el nombre de un crimen pero el siglo XXI es la coartada de los profetas tecnológicos, políticos o publicitarios” (p. 18). Antes del acontecimiento, cada mirada luce un estilo peculiar de animar sus ontologías, dogmas y pasiones en relación con una analogía que roza hoy la esterilización de la existencia: “[...] una lápida se le presenta al ciudadano como una pantalla de televisión apagada” (p. 19). Por eso, más que al sacerdote, el periodista personifica un policía idóneo que “[...] combate la *imaginación simbólica radical*: la capacidad humana de inventarle icnologías perdurables a las sensibilidades refractarias” (Subrayado en el original: 102). Absorbe la actividad visual creadora, alecciona al ojo no para ver sino para prever, brega por eliminar la memoria sensorial y obstruir los confines de la percepción: “Una mayoría porcentual ya es opinión pública –la minoría derrotada también: así legítima a su socia mayor. De la opinión pública no se registran tonos, ritmos, vibraciones: las sutilezas poéticas son

cosa de académicos, al encuestador sólo le interesan las aclamaciones, o bien disciplinar las creencias. Procuran eliminar todo ‘ruido’ y otras picardías de la comunicación y se juramentan hipócritamente realizarlo por el bien de la comunidad, aunque no pasan de ser meros censistas del campo de concentración” (p. 112).

Empero, el esparcimiento de las mallas de “*abstractización de la opresión*” no puede impedir que cada golpe de suerte burle la administración mediática y soslaye su propia estrella. Las depravaciones oculares y los restos de imágenes atesoradas impiden que la realidad halle su textura, virtualmente, en pulcra imagen. El vago resplandor de los sueños, la vigilia convaleciente de un rostro infinito alimentan la curiosidad del ojo avisado: “[...] lo que distancia a la mirada pictorizada de la audiencia televisiva y la del observador atento es que éste último construye sus propios pigmentos, experimentando con ellos hasta lograr uno que le resulte *personal*” (p. 115).

Finalmente –señala Ferrer– perderse, consciente e inconscientemente a la vez, en la metafísica de lo entre-visto permite filtrar otros mundos capaces de perturbar el *efecto de realidad* y reencarnar el deseo de la mirada en una dilatación extrema que produce el mal de ojo: “¿Con qué otra disposición fisiológica y anímica podría reorientarse al sentido de la vista? ¿Acaso el fondo de la forma sea una sustancia musical, informe y sensual?” (p. 93).